

Durante mi estancia en el Perú, donde tuve el privilegio de dirigir durante seis años los Proyectos de Restauración de Bienes Muebles de la Agencia Española de Cooperación Internacional, restauramos un cuadro titulado *Entierro de un caballero por San Agustín y San Esteban*, que entonces no acerté a identificar¹. Lo ví sólo como un objeto más entre los cientos de cuadros, estatuas, marcos, medallones, andas o facistoles que recobraban su esplendor en nuestros talleres de restauración del convento de la Merced del Cuzco. Era el año 1992. La Cooperación Internacional, a excepción de la española, había abandonado la ciudad, sede del más exacerbado antiespañolismo peruano, en previsión de posibles altercados de Sendero Luminoso. Celebrábamos el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, denominado “Encuentro de Dos Mundos” por esos españoles ignorantes de la historia, para quienes la Leyenda Negra pesa más que la inconmensurable gesta de sus antepasados; y eran por tanto malos tiempos para unos proyectos que contaban con la oposición de muchos políticos peruanos, que le consideraban colonialismo cultural, y de algunos políticos españoles, de esos que siempre confunden el culo con las tóporas, o sea, su ideología con la Cultura.

Ese año habíamos concluido la restauración de una obra cumbre del barroco iberoamericano dañada en los terremotos de 1950 y 1986: la iglesia que los jesuitas habían conseguido elevar en la Plaza de Armas por encima de la mismísima catedral, construida por Diego Martínez de Oviedo y Francisco Domínguez de Chávez sobre unos planos inspirados en el Gesú, que el padre Egidiano, un jesuita belga, había llevado al Cuzco desde *la otra Roma*. La iglesia se construyó para reemplazar a la que había destruido el pavoroso terremoto que en 1650 arrasó al Cuzco, levantada entre 1571 y 1619 sobre las ruinas del antiguo Amarucancha, el palacio de Huayna Cápac. Para no herir la sensibilidad de los peruanos con celebraciones inoportunas en año tan conflictivo, la iglesia fue entregada a la comunidad en marzo de 1993 por Inocencio Arias y su inseparable pajarita al cuello, que ya no dirigía, como yo pensaba, al Real Madrid, sino que era Secretario de Estado de Cooperación Internacional del

tercer gobierno de Felipe González. A la pomposa ceremonia barroca, celebrada conforme a los cánones peruanos al son de una Marcha Real que alguien debió sacar del baúl del abuelo, no faltó ni siquiera el más significado antiespañol de todos los cuzqueños, un personaje que se imaginaba a sí mismo como la reencarnación de un nuevo Pachacutec, el mismísimo alcalde de la ciudad, D. Daniel Estrada, que Dios guarde en su gloria.



Claustro principal del convento de la Merced. Cuzco

En la iglesia habíamos restaurado todos los retablos, dedicando una especial atención al retablo mayor, “el más notable mueble religioso de su género en el Perú”, según le calificaba el ilustre historiador cuzqueño D. Horacio Villanueva, la mente más socrática del Cuzco; retablo trazado por Martínez de Oviedo y tallado y ensamblado por Alfonso Mansilla de la Villa y el extremeño Cristóbal de Torres hacia 1666. Así mismo se habían intervenido todos los lienzos y esculturas dañadas en los terremotos, entre ellos los grandes lienzos de los lunetos que narraban la Vida de San Ignacio de Loyola, pintados por Cipriano Gutiérrez y Marcos Zapata, el más importante pintor cuzqueño del siglo XVIII, autor también de los cincuenta lienzos de gran formato de la Letanía Lauretana de la catedral; y los dos famosísimos *Matrimonios* que emparentaban las casas de Loyola, Borja y Javier entre ellas y con la realeza inca. El del capitán don Martín de Loyola, sobrino nieto de San Ignacio y gobernador de Chile, con la Ñusta Beatriz Clara Coya, hija de Sauri Túpac y heredera por tanto de la realeza inca, y a quien mi compañero de tertulia en el Varayoc, el escritor Luis Nieto Degregori dedicó un enternecedor relato publica-

¹ Cuzco. Perú

< Plaza de Armas. Catedral e iglesia de la Compañía. Cuzco



Entierro del conde de Orgaz. Convento de la Merced. Cuzco. Óleo sobre tela. 105 x 337 cm.

do en 1994; y el de su hija, doña Ana María Lorenza de Loyola con don Juan Enríquez de Borja y Almansa, hijo de San Francisco de Borja, casados en Madrid por Felipe II; cuadro que pudo contemplarse en el Forum de Barcelona (2004) y en la Biblioteca Nacional de Madrid (2004-2005) gracias a la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior de España (SEACEX). Y en otro cuadro, el matrimonio de don Beltrán García de Loyola con doña Teresa Idíaquez, y el de don Juan de Idíaquez con doña Magdalena de Loyola.

Los terremotos de 1950 y 1986 también habían dañado el convento de la Visitación de Nuestra Señora de las Mercedes, muy vinculado con la conquista y evangelización de Charcas y Chile, construido también de nueva fábrica tras el fatídico terremoto de 1650 por Francisco Domínguez Chávez de Arellana y otros arquitectos cuzqueños, gracias a las donaciones de doña Usenda Loaiza Bazán y su esposo don Diego de Vargas Carvajal. El claustro del noviciado estaba en ruinas y allí jugaban sus partidos de fútbol los novicios, y en la iglesia y en el prodigioso claustro principal, el más artístico de Latinoamérica, tallado en piedra rosada como una filigrana barroca, los muros, las crujías y las bóvedas se habían agrietado. En la basílica y en sus numerosas dependencias había más de trescientos lienzos, casi cien esculturas, catorce retablos, una expresionista y barroca sillería en el coro con altorrelieves de santos y beatos mercedarios tallados en madera de cedro, que habían adquirido un enigmático color ébano con el paso del tiempo, artesonados y curiosas muestras de pintura mural, como las atribuidas a Tadeo Escalante en la celda del Padre Francisco de Salamanca, enigmático personaje a quien Santiago Sebastián,

creyéndole autor de las pinturas, equipara con Fra Angélico, por cultivar, como él, el ascetismo y el arte.

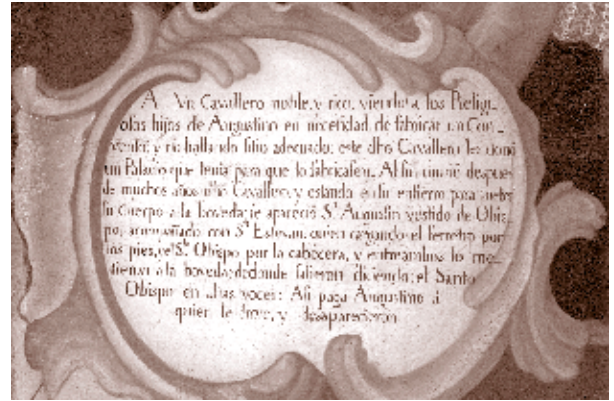
Allí había muchas imágenes de calidad y cuadros de los más ilustres pintores cuzqueños: Bernardo Bitti, Basilio Santa Cruz, Diego Quispe Tito, Martín de Loaiza, Francisco Padilla, Espinoza de los Monteros, Marcos de Rivera, Pedro Lago, Basilio Pacheco, Ignacio Chacón... Y sobre todo, series completas de cuadros que narraban la vida de la Virgen y la del ilustre fundador de la orden mercedaria; y cubriendo totalmente el muro del rellano de la escalera principal, una monumental genealogía de mártires y varones ilustres de la Orden, pintada en 80 medallones por Basilio Pacheco en 1650, que habrían hecho las delicias de los historiadores de la iconografía. En las arcadas del claustro principal, aún se conservaban a la intemperie una veintena de cuadros en forma de media naranja sobre la vida del fundador, que como viñetas de un cómic atemporal, acompañaban los silenciosos paseos de monjes y turistas. Llamaban la atención sobre todo los pintados por Ignacio Chacón en las esquinas del claustro, el de la *Lactatio de San Pedro Nolasco*, donde sorprendía el anciano y barbudo monje alimentándose directamente de los pechos de la Virgen, y el de la *Muerte de San Pedro Nolasco*, donde el obispo del Cuzco, don Manuel de Mollinedo, antiguo párroco de la Almudena de Madrid, le asistía en la cabecera de su lecho mortuorio, en una coexistencia imposible, como hiciera en realidad el obispo de Barcelona. Licencias de las que nadie pide explicación a los artistas. Pero la *joya de la corona* del convento eran el *Crucificado* de Zurbarán, que también tuvimos el privilegio de restaurar, muy similar a los del Museo de Bellas Artes de Sevilla, y la muy afamada Cus-

todía de poco más de un metro de altura, 22 kilos de oro, 1518 diamantes, esmeraldas, rubíes y topacios, y 615 perlas, una de ellas con forma de sirena y considerada la segunda más grande del mundo, labrada en oro por el orfebre español Luis Ayala de Olmos en 1610, y que los cuzqueños la consideran tan valiosa como la toledana, la mejor de América y una de las más ricas del mundo.

En la biblioteca y en el segundo nivel del claustro, sorprendía la presencia de grandes cuadros sobre la Vida de San Agustín, casi todos desvencijados, rajados y descoloridos, por las torrenciales lluvias y el implacable sol de los Andes. Los cuadros habían sido almacenados piadosamente en el convento mercedario cuando el agustino quedó destruido en las guerras de Independencia, y demolido definitivamente en 1835. Los Mesa-Gisbert informan de otro ciclo de unos cuarenta cuadros a los que consideran una de las obras maestras de la pintura cuzqueña del siglo XVIII, trasladados a Lima, pintados en el taller de Basilio Pacheco siguiendo los mismos grabados de Bolswert de 1624, que Miguel de Santiago utilizó en el convento agustino de Quito. Además de la serie, quedaban cuadros dispersos de los sesenta que habían contratado en 1696 los pintores *españoles* Jerónimo Málaga, Lázaro de la Borda y Bernardo de Velasco, junto al indio Pedro Nolasco “el viejo”, sobre la Vida de San Pedro Nolasco y la Virgen de las Mercedes. Entre ellos el cuadro del *Entierro* objeto de este artículo, que incluía una cartela con el siguiente texto:

“A Un cavallero noble, y rico, viendo a los Religiosos hijos de Augustino en necesidad de fabricar un Convento; y no hallando sitio adecuado: este dicho Cavallero les donó un palacio que tenia para que lo fabricasen. Al fin murió despues de muchos años dicho Cavallero, y estando en su entierro para meter su Cuerpo a la boveda; se apareció San Augustín vestido de Obispo, acompañado de San Estevan, quien cargando el ferretro por los pies, y el Santo Obispo por la cabecera, y entre ambos lo metieron a la boveda; de donde salieron diciendo el Santo Obispo en altas voces: asi paga Augustino a quien le sirve, y desaparecieron.”

Y aunque es seguro que cualquier toledano hubiera identificado inmediatamente al misterioso “cavallero”, a mi lo único que se me ocurrió pensar cuando la leí, fue en los Almagro y en Gonzalo Pizarro, enterrados en la basílica, y en los cientos de caballeros de sus huestes



Cartela del cuadro del convento de la Merced del Cuzco

ejecutados durante las guerras civiles y la rebelión de los encomenderos contra las Leyes Nuevas, y en cual de los incontables españoles muertos en el Perú, habría tenido el privilegio de tan glorioso entierro. Para mí entonces el título y el tema del famoso cuadro del Greco significaban lo mismo, *El Entierro del Conde de Orgaz*, y no un milagro del obispo de Hipona. Ni siquiera recordaba quienes eran los personajes que le habían enterrado. Es más, para mí el único cuadro del *Entierro* que existía en el mundo, era el que había visto de muchacho en la penumbra de la iglesia de Santo Tomé, en alguno de mis primeros viajes a Toledo.

Porque, en cualquier caso, ¿cómo relacionar aquella pintura del cretense, una de las mejores de toda la historia de la pintura española, y desde luego la mejor pintura realizada en España en todo el siglo XVI, con aquel cuadro desquiciado en el que un caballero envuelto en un sudario como una momia egipcia, era transportado a su sepultura por un San Agustín irreconocible con un bonete picudo



Iglesia de la Compañía de Jesús. Cuzco

y negro, y un San Esteban transmutado en Jesucristo, en una vulgar artesa como las usadas en los pueblos españoles para la matanza del cerdo? ¿Y como emparentar los magníficos retratos del cuadro del Greco, con esa Santa Compañía de frailes agustinos procesionando con cirios encendidos en el portal de una casona que dejaba ver tras la portada la catedral del Cuzco, y que para mayor desconcierto, era la misma casa que yo tenía arrendada como vivienda.

Hace unos años restauré un *Entierro*... en el Museo de Santa Cruz de Toledo, y me sorprendió comprobar que había entierros del Señor de Orgaz distintos al del Greco. Entonces comprendí el cuadro del Cuzco. El año pasado, restaurando en el Centro de Restauración de Castilla La Mancha una Inmaculada del Museo Diocesano de Ciudad Real, atribuida a Miguel Jacinto Meléndez, me llamaron la atención los bocetos que este pintor había realizado para los cuadros del crucero de la iglesia de San Felipe el Real de Madrid sobre dos asuntos toledanos, *San Agustín conjurando la plaga de la langosta* y *El entierro del conde de Orgaz*; y en una extraña y casual coincidencia cayó en mis manos la publicación del párroco de Santo Tomé de 2003, donde pude leer *Otras versiones de "El En-*



Entierro del conde de Orgaz. Museo de Santa Cruz. Toledo. Óleo sobre tela. 84 x 105 cm.

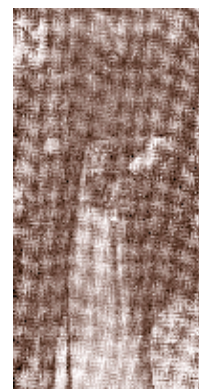
tierra" de Félix del Valle y Díaz, y ver los *Entierros* de la Casa de los condes de Orgaz en Ávila, y de la Iglesia de San Julián de Santa Olalla (Toledo). Su lectura me animó a dar a conocer este otro *Entierro* del Cuzco.

Alentado por estos *descubrimientos*, en algún momento imaginé la posibilidad de cientos de *Entierros* en los conventos agustinos, inspirados en las numerosas crónicas de la Orden, como las de Alonso de Orozco (1551), fray Jerónimo Román (1569), o Tomás de Herrera (1644), y consecuencia de la costumbre tridentina de narrar en cuadros la vida y milagros de los fundadores. Aunque pronto comprendí que era más probable que la devoción toledana viajase al Cuzco en los numerosos *Flos sanctorum* de la época, como el del toledano Alonso de Villegas, el más popular de todos en el virreinato, o en las alforjas de algún parroquiano o eclesiástico de la diócesis, cuya vinculación con las misiones peruanas perdura aún hoy día en las de Villa El Salvador, Lurín o Mollobamba.

No faltan las conexiones, algunas curiosas, entre las dos ciudades imperiales, desde que Almagro intentó que la antigua capital del Tawantinsuyo pasase a formar parte de su gobernación de Nueva Toledo.

El primer obispo del Cuzco, fray Vicente de Valverde, compañero de conquista de Pizarro, el mismo que en Cajamarca leyó el Requerimiento ante Atahualpa y aconsejaba estoquear a los indios no fuesen a romperse las espadas al golpearles, el que saqueó el Koricancha, el que más tarde vio como se descabezaban almagristas y pizarristas, y que cuando viajaba hacia Quito en 1541 al encuentro del pacificador Vaca de Castro, acabó sirviendo de merendona a los indios de la isla de la Punaa, claro está, después de asarle vivo en la parrilla como a un nuevo San Lorenzo y saciar su ansia de oro vaciándole el metal licuado en las cuencas de los ojos, era natural de Oropesa, e hijo del Camarero del III Conde.

A pocos kilómetros del Cuzco, en el Valle Sagrado del Urubamba, existió un marquesado de Oropesa concedido por Felipe II en 1618 a doña María Coya de Loyola, la hija de don Martín y doña Beatriz, dos de los protagonistas del famoso *Matrimonio* de la iglesia de la Compañía. Don Martín llegó al Perú en el séquito del IV conde de Oropesa,



Fray Vicente del Valverde. Primer obispo del Cuzco (1538-

Don Francisco de Toledo. Virrey del Perú (1569-1580)

don Francisco de Toledo, el vencedor del primer Túpac Amaru, el más importante y famoso virrey de aquellas tierras, el “Solón peruano” que en sus Ordenanzas redactó la carta Magna que sentó las bases de la organización política, económica y administrativa del virreinato. Sus Ordenanzas de 1572 también instituían oficialmente en el Cuzco el Corpus Christi de tanta significación en Toledo, a partir de entonces la fiesta religiosa más importante de la ciudad colonial, y eternizada más tarde en los lienzos de la iglesia de Santa Ana pintados en tiempos del obispo Mollinedo. El Corpus fue una cristianización del Inti Raymi, la más fastuosa celebración del solsticio de invierno en la antigua capital del Tawantinsuyo en honor del Tayta Inti, el dios Sol, en la que los incas sacaban en procesión las momias de sus antepasados. Las momias fueron sustituidas por los santos patronos de las parroquias cuzqueñas, y desde entonces, San José, San Pedro, Santiago, San Antonio, San Jerónimo, San Cristóbal, San Sebastián, Santa Bárbara, Santa Ana, San Blas, y las Vírgenes de la Natividad, de los Remedios, de Belén, la Purísima y la Inmaculada de la catedral, llamada “La Linda”, acompañan al Santísimo en su fiesta, junto a unas cincuenta mil personas que abarrotan la Plaza de Armas.



Don Manuel de Mollinedo y Angulo. Obispo del Cuzco (1673-1699)

la segunda mitad del siglo XVII, y algunos cuadros que cambiaron la orientación pictórica de la ciudad. En el inventario que realizó en Lima al desembarcar en 1673, figuran 16 cajones de libros que contenían 696 títulos, y cuadros de Eugenio Caxés, Juan Carreño, Sebastián Herrera Barnuevo y, sorprendentemente, “Un San Francisco del griego de bara de alto y otra pintura de Xto y Nuestra Señora del mismo”, actualmente perdidos, a menos que sean los dos que se conservan en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid. Dentro del importantísimo programa iconográfico que realizó en la catedral, entre los 14 lienzos que pintó Basilio de Santa Cruz Pumacalco, a ambos lados del transepto en los años noventa, incluyó tres cuadros de clara ascendencia toledana; uno del Milagro de Santa Leocadia apareciéndose a San Ildefonso y el emperador Recesvinto, y otros dos gigantescos de San Cristobalón y de la Imposición de la casulla a San Ildefonso; el mismo que se repite en el retablo del Sagrado Corazón de la basílica de la Merced, en cuya sacristía aún se conservan lujosos ternos y casullas de procedencia toledana.

No sólo El Greco llegó al Cuzco. En la ciudad y en muchas regiones del antiguo virreinato se conservan copias de las adoraciones de los pastores de Pedro de Orrente, y de algunos tipos de santos, como San Jerónimo Penitente, creados por Luis Tristán.

NOTAS:

¹ Para la realización de este trabajo he tenido en cuenta las siguientes publicaciones: CONTRERAS Y VALVERDE, Vasco de: *Relación de la ciudad del Cusco...*, transcripción de M^a del Carmen Martín Rubio, Cuzco, 1882; GOMEZ RIVAS, León: *El virrey del Perú don Francisco de Toledo*, Toledo: CSIC, Diputación Provincial de Toledo, 1994; MESA, J. y GISBERT, T.: *Historia de la pintura cuzqueña*, Lima: Fundación Augusto N. Wiese, 1982; SEBASTIÁN, S.: *Contrarreforma y barroco*, Madrid: Alianza, 1985; TOLEDO, Francisco de: *Disposiciones gubernativas para el virreinato del Perú (1569-1574)*, Tomo I. Transcripción de M^a Justina Sarabia, Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1969; TOLEDO, Francisco de: *Disposiciones gubernativas para el virreinato del Perú (1575-1580)*, Tomo II. Transcripción de M^a Justina Sarabia, Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1989; VALLE Y DÍAZ, F.: “Otras versiones de “El Entierro””, en *Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de Orgaz...*, Toledo: Instituto Teológico San Ildefonso, 2003, pp. 267-269; y VILLANUEVA, H.: *Cuzco Monumental. La imperial ciudad de los incas en la obra de un mecenas*, Cuzco: INC, 1989.